

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

40 Cents.

AÑO II
NÚM 84

26 SEPTIEMBRE
1926

HE DESCUBIERTO UN TRUCO
ESTUPENDO PARA IR A
MI PUEBLO CUANDO
QUIERO SIN PAGAR
EL TREN

¿COMO ES ISO
CURRINCHE?

POR QUE VOY
ANDANDO

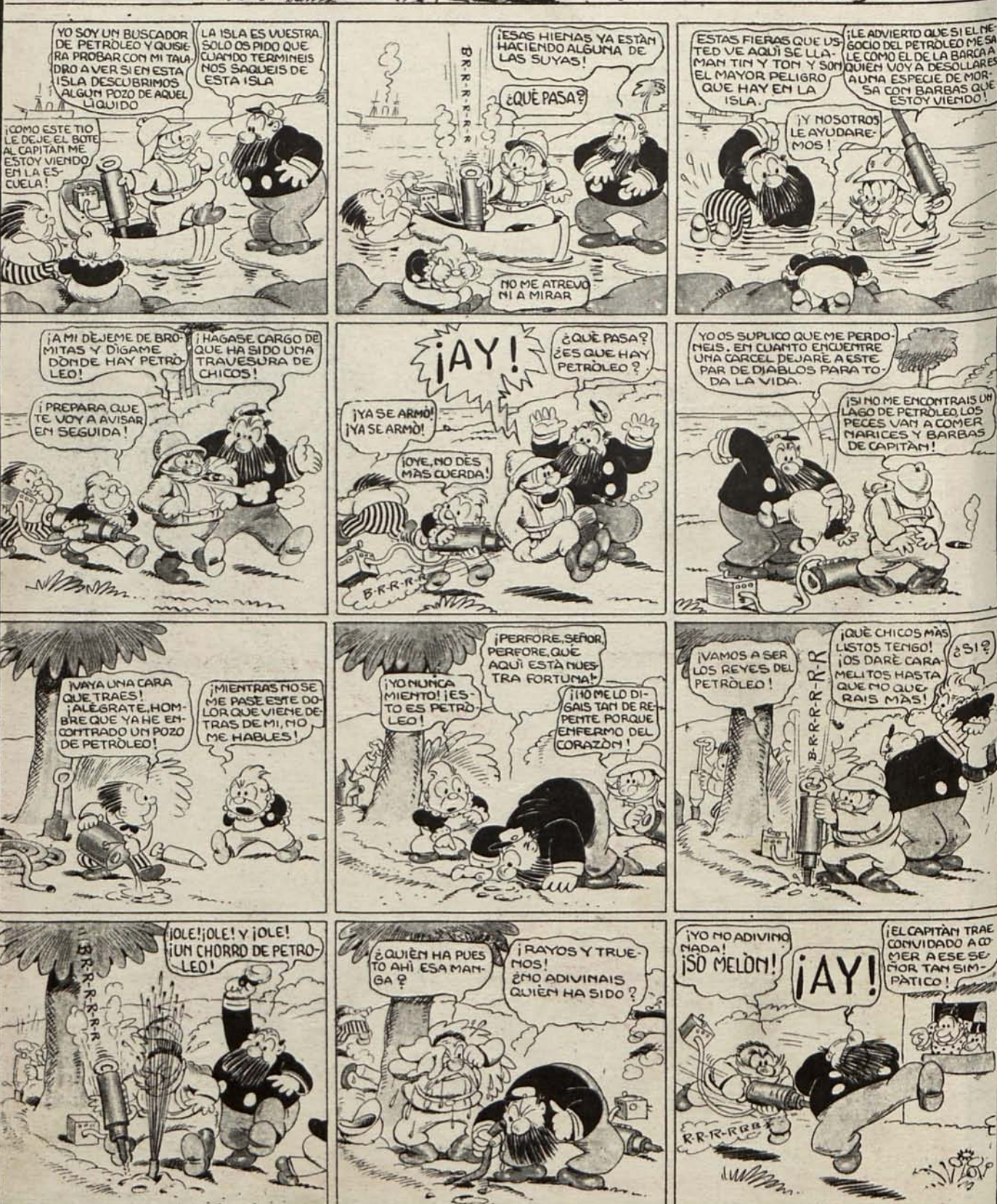


Piñero

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS SEMESTRE, 10 PESETAS. TRIMESTRE, 5 PESETAS. OTROS PAÍSES, AÑO 30 PESETAS.



El Capitán Corretón y sus Chicos Tin y Ton

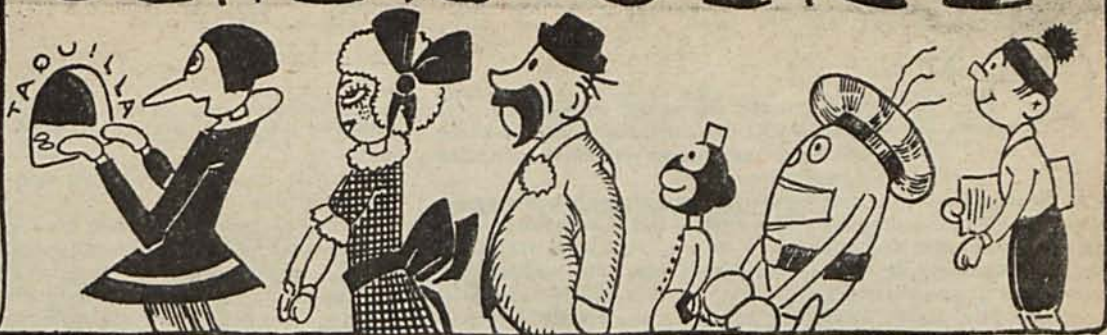


PROGRAMA
PARA HOY

EL SECRETO

Sensacional!

GRAN CINE



—¿Ha recibido usted esta mañana una carta mía, Mr. O'Darrel?
—preguntaba Mr. Randolph Burston saludando al famoso detective en su casa.

—¿Una carta? —repitió Paddy arqueando las cejas—. No; no he recibido ninguna carta de usted hoy; lo que nos trae a su casa a mi ayudante y a mí es un telegrama.

—¡Caramba, caramba! Esto complica aún más las cosas —exclamó Mr. Burston—. Pues le he enviado a llamar para hacer algunas indagaciones acerca de un muchacho que he tenido en casa unos días y al cual he conocido de un modo extraño. Verá usted: un día que iba yo a caballo me lo encontré sentado al borde de la carretera como si estuviera desfallecido. Me apeé del caballo para interrogarle y me dijo que andaba errante en busca de trabajo sin conseguir encontrarlo. En fin, abreviando, les diré que le ofrecí colocarlo en mi casa para limpiar el calzado, los cubiertos y hacer algunas otras faenas domésticas.

—¿Cómo se llama el muchacho? —preguntó Paddy.

—Jack Harlow; y es imposible que haya otro mejor que él. Era trabajador, simpático e inteligente, y diría que se ha educado en un buen colegio. Yo supuse que él debía de estar acostumbrado a otra vida mejor que la de criado; pero nunca conseguí sacarle una palabra acerca de sí mismo.

—¿Qué tiempo tenía?

—Alrededor de los catorce años. Deseando averiguar algo más acerca de su vida, resolví llamarle a usted, y para ello le escribí una carta ayer que le di a él mismo para que la echara al correo; el muchacho salió de casa hacia las siete y media de la tarde, pues el correo lo recoge a las ocho y media, y no me acordé más de ello hasta esta mañana que el ama de llaves me dijo que Harlow no había vuelto a casa anoche y que debía de haber desaparecido cuando llevó la carta al correo.

—¡Es muy extraño todo esto! —exclamó Paddy, que simpatizaba con aquel caballero por defender al muchacho desaparecido—. Supongo que en casa de usted habrá algunas ropas del chico.

—Sí; allí encontrará usted algunas; pero ¿para qué las quiere usted?

—Porque tenemos aquí al sabueso, que puede seguirle el rastro.

—Verdaderamente es una buena idea —afirmó Mr. Burston.

Y salió vivamente de la habitación, volviendo en seguida con una chaqueta vieja.

—Esta es la chaqueta que el muchacho traía cuando yo le encontré; ahora ya lleva otro traje que he mandado hacerle.

—¿De modo que el muchacho se ha marchado con el traje nuevo?

—Sí señor, y me alegro de ello; lo que siento es que no llevara algún dinero en el bolsillo.

Durante todo este tiempo, Bob, el ayudante de Paddy, no había dicho nada, limitándose a escuchar atentamente. Rara vez interrumpía las conversaciones entre su jefe y los clientes, pero luego recordaba con exactitud todo lo que habían dicho.

—Aquí tienes, Bob —dijo Paddy mostrándole la chaqueta—. Que Triller se ponga a la obra inmediatamente. Hasta luego, Mr. Burston; confío en que no tardaremos en traerle alguna noticia.

—Dios lo quiera —dijo el caballero siguiendo a los detectives hasta el camino de coche que terminaba delante de la casa. En aquel momento venía por él un automóvil que se detuvo y del cual se apeó un anciano de cabello blanco.

—¡Aquí está mi vecino el general Beeton! Espere usted un momento, Mr. O'Darrel, que aún tengo que decirle algo más —y se volvió a saludar al General, que ya se acercaba hacia él con aire de preocupación.

—¿Qué le sucede a usted, General? No parece usted el de siempre.

—¡He tenido un contratiempo que me disgusta mucho! —exclamó el General—. ¡Anoche han entrado a robar en mi casa!

—¿Cómo? ¿Y le han robado algo de importancia?

—Sí; me han llevado toda la plata que había en mi casa heredada en la familia durante varias generaciones. Y aunque valía bastante dinero, para mí era mayor aún el valor de la tradición. Venía a preguntarle a usted si ha visto por aquí alguna persona sospechosa.

—¡Cuánto siento lo que le sucede, General! —exclamó mister Burston—. No; no he visto ningún desconocido por estos sitios. Pero mire usted —añadió señalando con la mano a Paddy y a Bob—. ¡No podía usted haber escogido mejor ocasión para venir a verme.

—¿Ha oído usted hablar alguna vez del famoso detective Paddy O'Darrel?

—¡Sí señor, ya lo creo que he oído!

—Pues voy a tener el gusto de presentárselo a usted a él y a su ayudante, con la seguridad de que ha de servir de mucho el encontrarlo aquí.

—¡Qué suerte la mía! —exclamó el General—; creo que habrá usted oído lo que acabo de decir, Mr. O'Darrel. ¿Quiere usted tener la amabilidad de venir conmigo a mi casa a ver lo que puede usted hacer?

—¡Iremos un poco más tarde, General! primero tenemos que hacer aquí un pequeño trabajo, pero en cuanto terminemos, allá vamos.

—Pues muchísimas gracias —respondió el General afectuosamente, y entró en la casa con Mr. Burston.

Paddy se volvió a Bob y le dijo:

—Pon a Triller sobre la pista; me parece que nos vamos a ver muy apurados.

El sabueso, después de olfatear la chaqueta, empezó a andar de un lado para otro hasta que pareció haber encontrado el rastro y se marchó trotando por el camino. Fué por él hasta la carretera y después anduvo más de un kilómetro hasta que se detuvo, y se quedó mirando a Paddy como dándole a entender que ya no podía llevarle más lejos.

—Pues señor —exclamó Paddy—. ¿Será que el muchacho se metió en algún vehículo al llegar a este sitio? En ese caso no pudo ir hasta la estafeta de Correos, que está un poco más allá en el empalme de las dos carreteras.

El mensaje flotante.

—¿Nos encontramos, pues, a ciegas, jefe. El muchacho no ha dejado ninguna pista detrás de sí.

—En verdad que el caso se presenta un poco difícil —convino Paddy—. Pero calla, aquí viene el General.

—¡Ah!, Mr. O'Darrel. Me dijo Mr. Burston que debían ustedes estar hacia este lado. Suban al automóvil y yo les llevaré a mi casa. No saben bien cuánto me alegro que se encarguen de este asunto —añadió el General mientras los detectives subían al automóvil. El automóvil siguió andando hasta llegar a una hermosa finca. Durante el trayecto el General les explicó que ya había dado cuenta a la policía, así que no se sorprendieran al ver a un guardia paseando por los jardines con un cuaderno de notas en la mano.

—¿Han averiguado algo, guardia? —preguntó el General al aparecerse.

Dentro de cuatro días se cierra el plazo.

¡DATE PRISA O LLEGARÁS TARDE!

Para entrar en el **Segundo gran sorteo de regalos a los suscritores** (Primer premio: un «auto» Citroen; segundo, una bicicleta, y cincuenta magníficos premios más) es necesario pagar un año de suscripción antes del 30 de setiembre de 1926.

Más detalles en este mismo número.



—No, señor; ha estado aquí también el inspector y ha ido por los alrededores a hacer indagaciones; parece que no se encuentra ninguna pista.

El General llevó a los detectives a una sala elegantemente amueblada, pero en desorden; una de las vitrinas que la adornaban tenía las puertas abiertas de par en par, y en la alfombra del suelo, que era de tonos claros, se veían las huellas de unas botas embarradas. La ventana estaba abierta y el General les dijo que la habitación se hallaba en el mismo estado que por la mañana cuando se descubrió el robo.

Después de unos minutos de examen, Paddy y Bob se miraron el uno al otro.

—¿Qué? ¿Se descubre algo? —preguntó el general.

—Los ladrones debían de llevar guantes, puesto que no hay ninguna huella dactilar que pueda servirnos de ayuda. Acaso por fuera encontremos algo más —y al decir esto Paddy se encaramó a la ventana y saltó al jardín seguido de Bob.

Pegadas a la pared, y precisamente debajo de la ventana, crecían unas cuantas plantas que los detectives inspeccionaron minuciosamente y entre las cuales encontró Paddy un formón con mango de madera.

—Es muy fácil que los ladrones hayan abierto la ventana con esto y que en su precipitación se les cayera aquí.

Como también descubrieron en el antepecho de la ventana marcas hechas por algún utensilio, Paddy aplicó el formón a ellas, comprobando que encajaban divinamente.

—¡Aquí tenemos una pista! —murmuró—. ¡Y quizá la única que hayan dejado! ¡Ven aquí, Trailer, olfatea este formón!

Trailer obedeció y luego echó a correr dando un gruñido. Cruzó los jardines que pertenecían a la finca y por una abertura del seto salió a la carretera; de allí fue corriendo hasta la estafeta de Correos; de la estafeta echó a correr de nuevo hasta llegar a la orilla del río, donde se detuvo olfateando, pero sin tratar de seguir adelante.

Bob examinó el terreno.

—El suelo está muy pisoteado por aquí, jefe; parece como si el ladrón hubiera tomado un bote por esta orilla.

—Lo que no tenemos medio es de comprobar en qué dirección ha ido ese bote —agregó Paddy—. Pues lo mismo el ladrón pudo haberse limitado a cruzar el río hasta la otra orilla que haber navegado río arriba o río abajo. ¡Si al menos pudiéramos sacar de aquí algún indicio!

Apenas había dicho esto cuando Bob lo cogió por el brazo mostrándole un objeto que flotaba sobre el agua; un objeto blanco y cuadrado que parecía un sobre.

—¡Corre a cogerlo Trailer! —ordenó Paddy señalándoselo con la mano.

Obediente el sabueso, tiróse al agua, cogió el sobre con los dientes y volvió nadando hasta la orilla con él. Paddy lo recogió y vio que era una carta dirigida a él.

—¿Qué cosa más extraña! ¡Esta carta está dirigida a mí! ¡Y trae unas líneas en el sobre escritas con lápiz!

Las líneas escritas con lápiz eran muy difíciles de leer, pero al fin pudieron descifrarlas, y decían:

—«¡Socorro! ¡Estoy prisionero en la caseta de un hotel!»

Paddy rasgó el sobre y encontró dentro de él la carta que mister Burston le había escrito el día antes. Aquella era, pues, la que Harlow había ido a llevar al correo e indudablemente era el mismo muchacho el que había escrito el mensaje, arrojándolo después al río.

—Esto se complica —dijo Paddy— porque la pista del muchacho desaparecido y la del ladrón se cruzan. ¿Será posible que se relacionen el uno con el otro? Sea como sea, iremos río arriba hasta ver si encontramos algún barco.

Y emprendieron a correr río arriba. A poco más de dos kilómetros se encontraron con un barco viejo amarrado a la orilla. Oyeron golpes dentro de él y saltando a bordo se convencieron de que los golpes procedían de la cabina.

—¿Quién está ahí? —gritó Bob golpeando la puerta.

Respondióles la voz de un muchacho.

—¡Sacadme, que estoy aquí prisionero!

La puerta estaba cerrada con llave, en vista de lo cual Paddy retrocedió unos pasos y se tiró sobre ella con todo el peso de su

cuerpo haciendo saltar la cerradura. Dentro de la cabina estaba un muchacho como de unos catorce años con el terror pintado en el rostro.

A su lado, en el suelo, había un saco, por el que se veían asomar objetos de plata.

—¿Eres tú, Jack Harlow, hijo mío? —preguntó el detective.

El muchacho contestó afirmativamente.

—¿Cómo han venido a parar aquí estos objetos?

—Los han traído unos hombres durante la noche.

Paddy recogió de entre ellos una bandeja de plata que tenía grabada la letra B.

—¡Estos son los objetos robados en casa del general Beeton! Nosotros somos detectives, hijo mío, y no sólo hemos venido a investigar tu desaparición, sino también el robo de casa del General. ¿Cómo explicas tú el hallarte aquí con el producto del robo?

—Verá usted lo que ha sucedido —repuso el muchacho—. Hace poco tiempo me enteré de que mi tío, la persona con quien yo vivía y a quien siempre quise mucho, era un ladrón, a pesar de que ya tenía mucho dinero. Me enteré porque quería que yo fuera cómplice suyo en sus robos; pero yo rehusé y me escapé de casa; luego anduve errante varios días buscando trabajo...

—Que encontraste en casa de Mr. Burston —interrumpió Paddy.

—Así es. Pero la noche que Burston me dio la carta para echar al correo, al llegar cerca de la estafeta encontré a mi tío con otro hombre; dijeron que era necesario que me fuera con ellos, pues no les convenía que yo supiera lo que sabía; y aunque yo intenté huir, ellos me echaron mano y me trajeron a este barco, dejándome solo. Por la noche volvieron con ese saco; un poco después de marchar ellos conseguí desatar las cuerdas con que me habían atado y tiré esta carta al agua por una grieta de la pared.

—¿Y dónde están ahora los ladrones?

—Se han ido a buscar un automóvil para llevarme de aquí a mí y al producto de su robo. ¡Calla! —añadió—. Me parece que vuelven ahora.

Efectivamente, los detectives oyeron voces de hombre y se escondieron en un rincón; desde allí los sintieron saltar a bordo.

—No podíamos haber escogido mejor escondite que este barco viejo —observó uno de los ladrones.

No era tan bueno como ellos se figuraban, porque en aquel momento vieron que la puerta de la

cabina estaba abierta, y retrocedieron alarmados. Paddy y Bob saltaron sobre ellos y, ayudados de Trailer, no les costó gran trabajo hacerlos prisioneros.

Tan pronto como vieron a Jack Harlow, empezaron a dirigirle insultos; pero esto no les sirvió de nada, pues fueron conducidos a la Jefatura de Policía en el mismo automóvil que los había llevado allí.

Jack es hoy día algo más que un criado para Mr. Burston..., pues es su hijo adoptivo.



Por decisión del GRAN CONSEJO PINOCHISTA sólo pueden colaborar en PINOCHO sus suscritores por un año (20 pesetas), o un semestre (10 ptas.), o un trimestre (5 ptas.)



LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

—Nos iremos agarrando a las junturas de las piedras de las paredes.

—¿Oísteis que débil sonaba la voz de Miguel?

—Sí.

—¿Y también la de Roberto?

—Sí.

—Apenas se podían oír y, sin embargo, debían gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

—Vete empujando, Vicente; yo te ayudaré del mejor modo que pueda.

Afortunadamente las paredes del canal no eran lisas por completo; así, pues, el doctor podía agarrarse con los dedos a los salientes y a las hendeduras y ayudaba de este modo a la maniobra del patrón.

Muy poco a poco, pues la corriente era bastante rápida, iba subiendo la balsa, acercándose al montón de rocas adosado a la pared de la derecha.

Vicente empujaba con rabia, apuntalando el penol en el fondo del canal o en las rocas que habían esparcidas por las aguas.

Los gritos de Roberto y de Miguel habían dejado de oírse; pero el doctor tenía la seguridad de haberse acercado al lugar donde se encontraban refugiados.

Cuando llegaron ante las rocas, que formaban una pirámide inmensa apoyada contra la pared, Vicente, que no podía contenerse más, lanzó un grito:

—¡Miguel!

Una voz bastante clara, que parecía provenir de la parte de atrás de aquel montón, contestó en seguida:

—¡Doctor! ¡Vicente!

—¡Es Roberto! —dijo el marino.

—Sí, es él —confirmó el señor Bandi.

—¿Dónde estáis? —gritó Vicente.

—¡No lo sabemos! La corriente nos ha metido en una galería o en un pequeño lago subterráneo y no sabemos encontrar la salida.

—¿Os ha ocurrido otro hundimiento? —dijo el doctor.

—Sí, señor Bandi.

—¿Estáis aún en la balsa?

—Sí.

—¿Y Miguel?

—Aquí estoy con Roberto, señor —contestó el marino.

—¿No tenéis ningún fósforo?

—Ninguno, y por eso no sabemos adónde dirigirnos.

—Avanzad guiándoos por nuestra voz; ¿podréis?

—Vamos a intentarlo, señor.

—Aquí os esperamos.

—Continuad hablando.

—¡No, mejor será que me ponga a cantar! —dijo Vicente.

Y se puso a cantar una antigua barcarola que hacía temblar las bóvedas de la galería, según los ánimos que ponía en ello, hasta que al fin oyó a Miguel que le decía:

—Basta ya, patrón; ya estamos cerca, pero no podemos avanzar más.

—Nos separa el hundimiento —dijo el doctor—. La corriente de la oleada ha debido empujarlos a una caverna lateral señalada en el plano del capitán Gottardi.

—¿Qué haremos para librarlos? —preguntó Vicente.

—¡Miguel! —gritó el señor Bandi—. ¿No ves nada de luz al través de este obstáculo que os separa de nosotros?

—Ninguno, doctor —contestó el pescador.

—La cosa es un poco grave; ya nos habíamos alegrado prematuramente.

—¿Qué, será muy grande el espesor de este hundimiento? —dijo Vicente.

—Así lo temo, amigo mío.

—¡Si tuviéramos un poco de pólvora!

—Aunque la tuviésemos no me atrevería a emplearla —dijo el doctor—. La bóveda está muy quebrantada por el terremoto y podría desplomarse sobre nosotros, hundiéndonos.

—Sin embargo, no podemos permanecer aquí con los brazos cruzados.

—No, Vicente. Iremos demoliendo poco a poco este montón de ruinas; pero será necesario que nos ayuden ellos por el otro lado.

—¿Cuánto tiempo emplearemos?

—Acaso un día o dos...

—Y no tenemos viveres, y tampoco nuestros compañeros los tienen.

—He visto dátiles de mar incrustados en las paredes del canal y los recogeremos.

—¡Valiente recurso, señor, especialmente para hombres que tienen que estar trabajando corporalmente sin descanso!

—Intentemos pescar algo. ¿Debes de tener aún ahí tu red pequeña, no?

—Me sirve de cinturón.

—Pues vamos a usarla y, ¿quién sabe?, estando junto a la embocadura del canal pudiera ser que cogiésemos algo.

—¿Y nuestros amigos, que van a comer?

—Buscaremos algún medio para aprovisionarlos. ¡Eh, Miguel!

—¡Señor!

—Poneos a trabajar y tened cuidado de no provocar un hundimiento.

—Trabajaremos con cuidado, señor Bandi.

El doctor y Vicente ataron la balsa en una roca, colocaron la antorcha encendida sobre otra y saltaron sobre un montón de escombros.

Estaba formado por bloques de dimensiones bastante considerables que debían poner en dura prueba la fuerza muscular de ambos exploradores. Sin embargo, el doctor y el marino se pusieron a trabajar animosamente, atacando el montón por su parte alta y haciendo rodar desde allí grandes trozos de piedra.

—Va a ser una empresa de gigantes ésta, doctor. Aquí hay varios centenares de toneladas y no tenemos más que ocho brazos.

—Cuatro puedes decir, pues nuestros compañeros, como están sin luz, poco podrán hacer.

—¿Nos durará la cuerda embreada hasta que terminemos el trabajo?

—No tendremos, creo, más que para un cuarto de hora.

—¿Y luego?

—Haremos lo que podamos. ¡Ea, no perdamos el tiempo!

En realidad, no perdían tiempo ninguno, pues aunque hablando, continuaban echando abajo las piedras, que se hundían en el canal con sordo fragor.

En el otro lado Miguel y Roberto se debían de haber puesto a trabajar con encarnizamiento, porque de vez en cuando se oían los ruidos que hacían las piedras al caer.

Sin embargo, aquel montón era tan grande que el doctor comenzó a preocuparse, temiendo por el buen éxito de aquella empresa.

Durante dos horas continuaron haciendo rodar escombros al canal sin lograr encontrarse al través del espacio que abrían, y después se detuvieron. Estaban rendidos y, para colmo de desventuras, la cuerda alquitranada lucía cada vez menos.

(Continuará en el número próximo.)

Los mejores Pinochistas son mis suscritores. Los mejores suscritores son los que conservan todos los números cuidadosamente y los encuadernan a fin de año con las magníficas tapas que he mandado hacer especialmente.

PINOCHO



CHAUDAR EL PESCADOR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

Y se cargó la red a las espaldas, volviendo a casa apenado y entristecido, sufriendo por la suerte de su madre y de sus hermanos, a quienes no sabía qué iba a dar de cenar. Pasó por delante de un horno y vio a la gente que se apretujaba por coger el pan, con los dineros en la mano, y al panadero que no les hacía caso. Se detuvo el pescador, suspirando amargamente, y el hornero lo llamó, diciéndole:

—¡Bien venido, Chaudar! ¿Necesitas pan?

Chaudar calló. El otro insistió:

—Aunque no tengas dinero, llévate cuanto te haga falta y toma el plazo que quieras para pagarlo.

—Dame pan —dijo al fin Chaudar algo avergonzado— por valor de diez dirhemes.

—Tómalos —exclamó el hornero—, y además estos otros diez medios dirhemes en metálico, y mañana me traes pescado por valor de los veinte.

—Está muy bien —contestó Chaudar tomando el pan y los dineros, con los cuales compró carne y verduras, diciéndole para sus adentros: «Dios proveerá mañana».

Dirigióse a su casa. La madre guiso lo que él llevaba; cenó Chaudar y durmió tranquilamente. Al otro día cogió de nuevo su red, y viéndolo salir su madre, le dijo:

—¡Siéntate y almuerza!

—¡Almorzad tú y mis hermanos! —contestó Chaudar.

Y se marchó rápidamente al mar, donde echó la red una vez, otra y otra, y aunque cambió de sitio muchas veces hasta la tarde, no pescó nada. Hubo al fin de cargar con la red y volverse cariacontecido, teniendo que pasar forzosamente por delante de casa del panadero.

Cuando Chaudar llegó al horno, lo vio el panadero, le contó los panes y los dineros y le dijo:

—Ven, toma esto y anda con Dios; si no ha podido ser hoy, será mañana.

Quiso el pescador darle algunas excusas, y el otro le atajó diciéndole:

—No necesitas excusarte; si hubieras pescado algo, lo traerías encima; al verte venir de vacío he comprendido que no has sacado nada. Si por acaso mañana te sucediera lo mismo, ven por aquí y llévate el pan sin que te dé vergüenza; te concedo todo el plazo que sea preciso.

Al otro día estuvo por los lagos hasta la tarde, sin ver ni un solo pez; pasó, pues, por el horno y se llevó también el pan y los dineros prestados. Lo mismo le ocurrió durante siete días.

Apretado ya, se dijo: «Me iré hoy al lago de Carún». Una vez allí, y cuando se disponía a echar la red, y estaba más descuidado, se presentó delante de él un magrebi (1) vestido con un traje magnífico y montado en una mula; en la grupa llevaba unas alforjas de brocado de oro y todos los aparejos de la cabalgadura eran también de esta materia. Apeóse el jinete y dijo:

—¡La paz sea sobre ti, oh Chaudar, oh hijo de Omar!

—¡Sobre ti la paz, mi señor peregrino! —contestó el pescador.

—¡Oh Chaudar! —continuó diciendo el magrebi—. Necesito de ti un favor; si tú satisfaces mi deseo podrás obtener una grandísima fortuna, serás mi amigo y compañero, quedarás encargado de llevar mis negocios.

—Señor peregrino —contestó Chaudar—, dime cuál es tu deseo y yo te obedeceré sin contradicción alguna.

—Di la *Fátiha* (2), le pidió el magrebi.

Y cuando la hubieron recitado, sacó el extraño personaje una cuerda de seda y encargó al pescador:

—Átame las manos y sujétamelas bien fuerte con esta cuerda; échame después al lago y aguarda un poco; si ves asomar mis manos por encima del agua antes de que yo aparezca, échame la red y sácame de prisa; si ves que aparecen mis pies, es que he muerto; déjame en el agua, coge

la mula y las alforjas, vete al zoco de los comerciantes, donde hallarás un judío llamado Xumiad, a quien entregarás la mula y el cual te dará cien dinares; tómalos, guarda el secreto y sigue tu camino.

Chaudar, cumpliendo sus indicaciones, le ató las manos fuertemente.

—Átame más fuerte —le dijo— y empujame hacia el agua.

Hízolo como le pedía, sumergiéndose el magrebi en el lago, y el pescador estuvo mirando atentamente durante una hora; pasado este tiempo aparecieron los pies del magrebi. Chaudar conoció que había muerto, tomó la mula y se encaminó al zoco de los comerciantes, donde vio al judío, que estaba sentado en una silla a la puerta del almacén. Al ver el judío la mula, exclamó:

—El hombre ha muerto. ¡Sólo su ambición lo ha perdido!

Y tomó la bestia de manos del pescador, a quien entregó cien dinares, encargándole mucho que guardase el secreto.

Chaudar recibió los dineros y se dirigió al horno, tomando allí todo el pan que necesitaba; dió al panadero un dinar para que se cobrara su deuda. Cobróse y le dijo: —Aún tengo en mi poder dinero para darte el pan de dos días.

Después fué Chaudar a casa del carnicero, a quien compró carne y entregó otro dinar a cuenta; luego adquirió verduras y todo lo que necesitaba, y se dirigió a su casa.

Cuando llegó, sus hermanos estaban pidiendo a su madre algo de comer, y la pobre les decía acongojada:

—Esperad un poco a que venga vuestro hermano; yo no tengo nada que daros.

—Tomad, tomad —dijo Chaudar entrando—, comed cuanto queráis.

Y ellos devoraron el pan como si fueran ogros. Después Chaudar entregó a su madre el resto del oro que traía, diciéndole:

—Toma, ¡oh madre mía!, esta cantidad, y siempre que vengan mis hermanos, dales para que puedan comprar qué comer aunque yo esté ausente.

Descansó tranquilo el pescador aquella noche, y al día siguiente se levantó y se dirigió otra vez con su red al lago Carún. Y apenas llegó, y cuando se disponía a echarla al agua, se presentó ante sus ojos otro magrebi, montado también en una mula, con aspecto mucho más rico que el que había muerto, y que llevaba asimismo a la grupa unas alforjas y en cada una de ellas una cajita.

—¡La paz sea sobre ti, oh Chaudar! —dijo saludándolo.

—¡Sobre ti sea la paz, señor peregrino! —respondió el pescador.

—¿Por ventura vino ayer aquí un magrebi montado en una mula como ésta? —preguntó el misterioso personaje.

—No he visto a nadie —contestó Chaudar, prefiriendo negar por temor de que, si contaba la verdad, el otro le preguntaría hacia dónde se fué, y si sabía que se ahogó en el lago le echaría la culpa de la muerte a él, al pobre pescador; no vio otro recurso para salvarse que negar.

—¡Desgraciado! —le dijo el magrebi—. Este hombre era mi hermano y vino delante de mí.

—No sé nada, no sé nada de todo esto —insistía Chaudar.

(Continuará en el número próximo.)

Para ser suscriptor a PINOCHO sólo hace falta escribir a la administración enviando el importe de un año (20 pesetas), o de un semestre (10 pesetas), o de un trimestre (5 pesetas).

(1) Un hombre del Magreb, del occidente de Africa; se les considera a todos como expertos en artes mágicas.

(2) Véase la nota de magrebi.

LA REDUCCION DE LOS TRES MENDIGOS

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

(Conclusión.)

—No —repuso Mark, secamente—. Lo que deseo es un pequeño barril vacío. Te lo pagaré con largueza.

El hombre desapareció al instante por la escalerilla que bajaba a la cueva, y pocos momentos después subía con lo que se le había pedido.

No hubo disputa alguna por el precio. Mark pagó inmediatamente lo que el ventero demandaba, y después de saborear una gran copa de vino y un buen trozo de queso, salió llevando en la mano el barrilillo.

Volvió a alejarse por el camino, y cuando las sombras de la noche llegaron, Mark introdujo a Vaseli en el barril, lo ató muy bien para que no se moviese, aseguró perfectamente la tapa que había quitado con la ayuda de unas piedras, y arrastrando el barril hasta la orilla del río, lo abandonó a la corriente.

Pronto aquel pequeño y extraño navio estuvo bien lejos, confundido del todo con las grandes sombras que caían del cielo.

Mark, lanzando un suspiro de satisfacción, caminó de nuevo río abajo, hasta encontrar el vado, y pasó a su aldea.

Por fin respiraba con tranquilidad.

Ya no vendría Vaseli a reclamar lo que no le pertenecía. Quizá se ahogaría en el río; o si alguien llegaba a salvarle, sería ya en comarcas muy lejanas, donde ni el nombre de la aldea de Mark se conocería.

Una vez en la casa, el avaro lanzó nuevamente un suspiro de satisfacción, y llamando a su esposa, le refirió la aventura completa.

—Bien hecho, bien hecho —le dijo su mujer, quien, como ya hemos dicho, aprobaba cíegamente cuanto su marido hacía, fuese bueno o fuese malo—. Ya no hay peligro de que un intruso se llegue aquí para despojarte de lo que te pertenece por legítimo derecho.

Y mientras hablaban de este modo el marido y la mujer, seguía el barril su marcha, sin detenerse un momento, siempre en mitad del río, tranquila y suavemente, como si fuese cuidado y dirigido por una mano hábil y cariñosa.

Toda la noche estuvo navegando Vaseli dentro del barril, y ya era bien entrado el día cuando el barril se detenía, interceptado por unos juncos que partían de la orilla.

Eran ya las cuatro de la tarde.

Vaseli, acosado por el hambre, rompió a llorar dentro de su estrecha cárcel.

En aquel momento, algunos monjes que pasaban por aquel sitio, al oír un llanto tan lastimero se acercaron para inquirir de dónde partía.

—Me parece —dijo el abad— que viene de aquel barril que está detenido entre los juncos.

Uno de los monjes más jóvenes se descalzó inmediatamente y entró en el río para sacar el barril. Y poco después, Vaseli salía del fondo de su cárcel entre exclamaciones de sorpresa y gritos de compasión.

—Dios nos lo manda —exclamó el abad con grave tono—. Tenemos que aceptarle; y cada uno de nosotros pondrá su grano de arena para cuidarle primero y después para instruirle e inculcárle el respeto por quien nos lo envía.

Frente por frente de esos sitios, medio escondido entre pinos gigantes, el monasterio levantaba hacia el cielo sus muros carcomidos.

Vaseli fué conducido hacia aquel monasterio, y en cada uno de los habitantes de la santa casa encontró un padre cariñoso que le cuidó y le educó con esmero.

El abad le había bautizado con el nombre de Vaseli (inspiración divina por la cual no perdió el hermoso nombre con que sus padres quisieron llamarle).

El maestro de capilla le había enseñado a tocar el órgano y a cantar, todo lo cual hacía maravillosamente debido a las grandes dotes que para ello tenía.

Cuando Vaseli cantaba con su hermosa voz, hasta las piedras se conmovían.

Era ya un mancebo hermoso y de provecho, que daba realce y prez al monasterio en que se había educado.

Tenía ya veinte años cumplidos, cuando una tarde, mientras entonaba las místicas letanias en el coro, un caminante llamó a la puerta del monasterio, y como se le hiciese pasar a la capilla para que esperase allí la conclusión del rosario, pudo el caminante hacerse cargo de que entre los cuatro muros de aquel recinto se ocultaba un gran artista.

Concluido el acto religioso, el abad al saber que un visitante le aguardaba, hizo pasar a éste a su recibimiento.

El recién venido era un viejo de aspecto muy correcto, vestido elegantemente. Al parecer se trataba de una persona cortés y honorable; pero un espíritu sagaz habría podido advertir fácilmente que en la sonrisa de aquel caballero había mucho de lobo, y que en la mirada de sus ojos, a primera vista leal y honrada, se vislumbraba la luz que tiene el chacal en sus pupilas.

Ese visitante era Mark, nuestro antiguo conocido.

—Vengo —dijo al abad— a solicitar de vuestra reverencia que me permita pasar la noche en este convento, pues voy a la próxima ciudad y temo no encontrar posada en el camino.

—Efectivamente —dijo el abad con la bondad que le era característica—, efectivamente, no existe ni una humilde venta en el trayecto de aquí a la ciudad; de manera que hay siempre en este monasterio un lecho disponible para todo caminante retrasado.

Mark agradeció con grandes muestras de alegría, y en seguida pasó a tratar el tema de la música y del notable cantante que acababa de escuchar en la capilla.

—En realidad —dijo el abad—, no creo que haya muchas voces que puedan competir en frescura y en timbre con la voz de nuestro querido hijo Vaseli...

—¿Vaseli se llama el joven tenor? —interrumpió bruscamente Mark—. ¿Es acaso alguno de los monjes de este monasterio?

—No —repuso con suavidad su reverencia—. Es un joven que nos llegó al convento de un modo bien extraño.

Y el abad refirió al viejo Mark la historia del barril y del pequeño que venía dentro de él.

—¿Cuánto tiempo hace eso? —preguntó con ansiedad el visitante.

—Veinte años justos —repuso el abad.

Mark se estremeció. No cabía duda alguna: su enemigo estaba con vida y no se hallaba tan lejos del lugar de su nacimiento. ¡Si la mala suerte hiciese que un día...! Era preciso evitar una sorpresa; era absolutamente preciso.

—¿Me sería permitido felicitar al tenor por sus habilidades en el canto? ¿Y sería su reverencia tan noble para autorizarme a poner en sus manos una suma de importancia que le permita concluir en toda forma la carrera del canto o asegurarle un dote para el caso





de que Dios le llame a servirle como humilde monje dentro de este hermoso monasterio?

—No podría yo —dijo el abad— oponerme a nada que contribuya a la felicidad de un joven tan virtuoso y aprovechado como Vaseli. De manera que yo agradezco de corazón cuanto se haga en beneficio suyo.

El joven tenor fué llamado al recibimiento y el viejo Mark quedó atónito al contemplar tanta hermosura de rostro y tanta nobleza de actitud como había en su antigua víctima.

—Este caballero —dijo el abad dirigiéndose a Vaseli— me pide mi venia, hijo mío, para premiar tus aptitudes en el canto. Se la he dado completa y estás en libertad de aceptar lo que se digne concederte.

Vaseli se inclinó con reposo y respeto, y Mark le dijo:

—Como yo tengo que salir con urgencia para la próxima ciudad, donde permaneceré varios meses, voy a darte una carta, hijo mío, para que mañana mismo, con el permiso de su reverencia, partas para Laudana, mi aldea, donde están mi casa y mis bienes. La carta es para mi administrador, y en ella le digo que ponga en tus manos la suma que en la carta indico y que va a servirte para algo en este mundo. No tengo hijos y bien puedo hacer este dispendio en bien de un artista como tú.

Vaseli, conmovido por la generosidad del visitante, besó humildemente su mano y en seguida salió del recibimiento, porque ya la campana llamaba al refectorio. Y al día siguiente, mientras Mark continuaba el camino, rumbo hacia la ciudad vecina, Vaseli caminaba hacia la aldea de Mark.

La carta que llevaba el joven, y que Mark había tenido buen cuidado de cerrar, iba dirigida al administrador del pósito asesino y decía de este modo:

Mi querido Pedro: Recibe con aparentes muestras de satisfacción al portador de la presente, y un poco más tarde invítale a ver la presa del molino y empújale para que caiga en ella. Me conviene que esto se haga durante mi ausencia de la aldea. Apresura, pues, las cosas y guárdate de una desobediencia que te costaría la vida.

Tuyo affmo., el que sabe mandar.

Vaseli, sin sospechar que llevaba en el bolsillo su sentencia de muerte, seguía la ruta en gran confianza. De pronto, al torcer en un recodo del camino, tres viejos mendigos le salieron al paso.

—¿Adónde vas tan de prisa? —le dijeron amablemente—. ¿Vienes de muy lejos quizá?

—No —les dijo Vaseli—. Vengo del Monasterio de la Cruz, y voy a la aldea de Laudana.

—¿Qué te lleva allí, si es posible saberlo?

—Voy a entregar una carta.

Y Vaseli mostró la misiva a los mendigos. Estos tomaron en sus manos aquel sobre cerrado y comenzaron a darle vueltas entre los dedos.

—Tal vez —dijeron a coro los tres pordioseros— se trata de algún asunto importante. Vete de prisa y procura estar cuanto antes en el sitio que buscas. Ten cuidado, sobre todo, de que el viento no te arrebate esta carta, que, según parece, es de interés.

Vaseli se despidió de los mendigos y siguió adelante. Gracias a su fuerza y juventud, pudo hacer a pie, sin fatigarse, el trayecto que, veinte años atrás, había recorrido sobre la corriente del río, encerrado en un barril.

Cuando, por fin, se vió ante la verja del jardín de Mark, sacudió muy bien el polvo que cubría su calzado y su vestido y tiró del cordón de la campana.

Momentos después, el administrador en persona le recibía en una hermosa estancia, rodeada por ventanas que daban al jardín.

—Soy portador de esta carta —dijo Vaseli, entregando la misiva al viejo Pedro.

—Veamos lo que viene en ella —repuso el administrador, abriendo el sobre y dando lectura al papel.

Mas no bien había terminado de leerlo, cuando comenzó a dar grandes voces para llamar a la esposa de Mark.

—¡Venid, venid inmediatamente, que han llegado las órdenes del amo, y habrá que cumplirlas!

Mami, la mujer del avaro, se presentó en la estancia, y tras de la madre vino la hija, que era ya una hermosa joven, llena de gracia y de bondad.

—Escuchad lo que dice esta carta —repitió el administrador— La manda el amo.

Y calándose bien las gafas, leyó lo que sigue:

Mi querido Pedro: Tan pronto como te llegue esta carta, haz que el cura case al portador de ella con Ana, mi hija. Me conviene ese joven para yerno, por que no hay quien le aventaje en honradez, y porque es, además, un gran artista. Procura obedecer mis órdenes en el acto, si no quieres que un retardo te cueste la vida.

Tuyo, afectísimo, quien sabe mandar.

—¡Oh, qué hermosa recompensa a mis labores —gritó Vaseli, conmovido, avanzando unos pasos hacia la joven que tenía delante—. Yo no pude pensar, cuando vuestro padre hablaba de recompensa, en una tan hermosa como la que estoy mirando. ¿Es posible creer en semejante ventura?

Ana, muda por la sorpresa, no se atrevía a murmurar palabra; pero su sonrisa llena de dulzura, y su actitud graciosamente sumisa,

decían a las claras que era de toda su aprobación el marido que su padre le había deparado. E interiormente bendecía al autor de sus días por hacerle entrega de aquella bellísima persona que sería en adelante un apoyo para ella, un mentor y un consuelo sin nombre.

Mami, encantada también con tan digno y amable yerno, y menos discreta que su hija, iba y venía por la estancia, dando voces y muestras de un júbilo desbordante.

—¡Pronto, pronto! —gritaba levantando los brazos—. ¡Que se llame inmediatamente al señor cura, para que esto no se retarde! ¡Que se hagan en el acto los preparativos para la boda. Todo tiene que ser suntuoso y brillante. ¡Corred, corred...!

La servidumbre entera fué enviada a la parroquia para dar la noticia y avisar al cura lo que ocurría.

El vértigo agitó la casa entera. Se trajeron músicos, se descuartzaron gallinas, se confeccionaron velos, se convocó a los amigos, se vistió reglamentariamente a la novia, que parecía un jazmin de primavera; y cuando todo estuvo listo, la comitiva se formó, y todos partieron hacia el templo, donde

Ana y Vaseli quedaron casados en menos tiempo que canta un gallo.

Aquella pareja causaba envidias a todos. Parecían uno y otro nacidos expresamente para unir sus vidas.

La admiración y las bendiciones llovieron sobre ellos. Y cuando salieron del templo para volver a su casa, la aldea entera les contempló, embelesada, presagiando las mayores y más fecundas venturas para los nuevos esposos.

Y días después, al volver Mark a su morada, quedó mudo de sorpresa cuando supo lo acontecido; y fué tal su cólera impresión, que se desplomó en el suelo sin vida, como árbol que hiere el rayo. Entonces la fortuna del viejo Mark pasó a manos de Vaseli. Y así fué como la predicción de los tres mendigos se cumplió punto por punto.

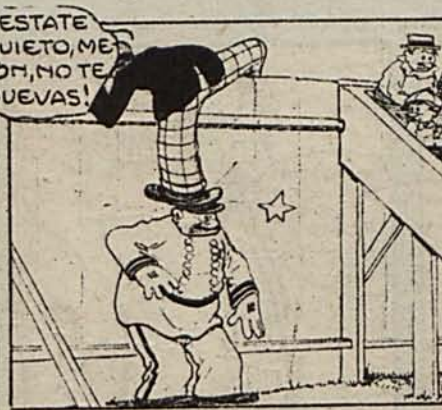
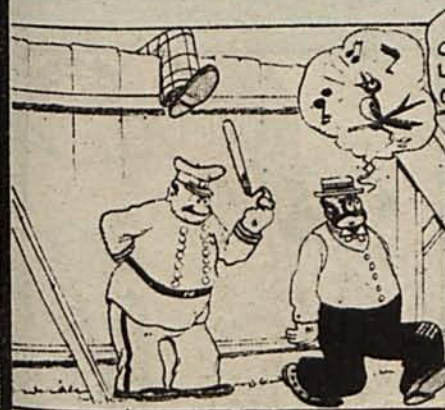
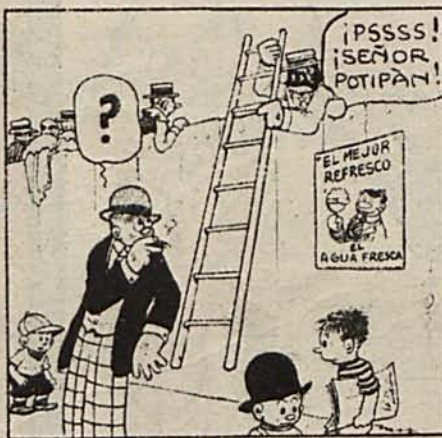
FIN

PINOCHO EN LA ISLA DE LOS ANIMALES PINOCHO SE HACE PELÍCANO

Pedid en vuestra librería estos formidables episodios, quizá los mejores de la incomparable y celebrada SERIE PINOCHO CONTRA CHAPETE. También podéis pedirlos (enviando su importe, 3 ptas., más 0,75 para gastos de envío certificado) escribiendo a la EDITORIAL "SATURNINO CALLEJA", S. A., Apartado 447, MADRID, que los remite a toda España y América.

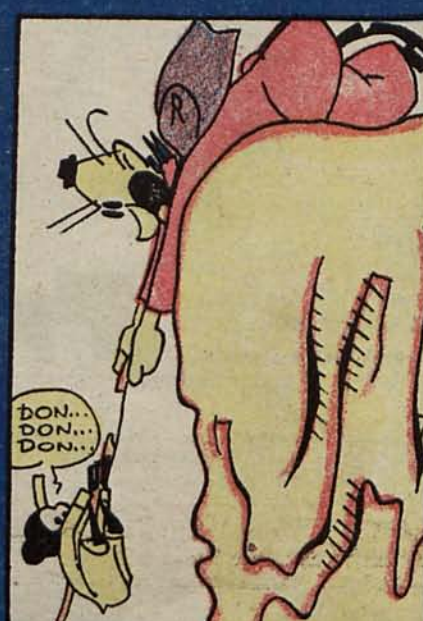
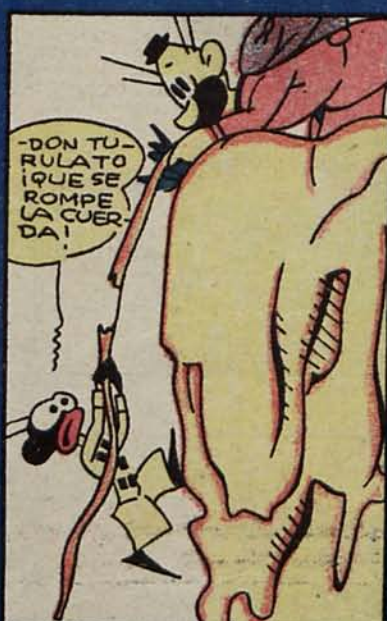


POTIPÁN Y CAÑAMÓN





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



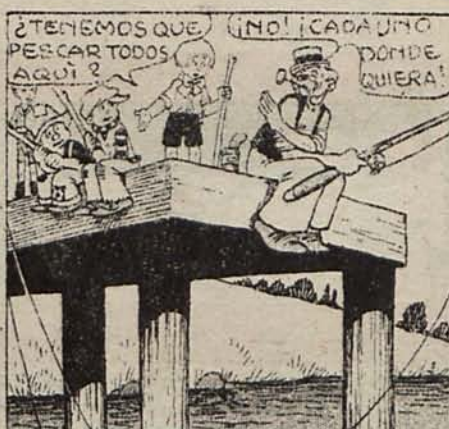


DACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO.



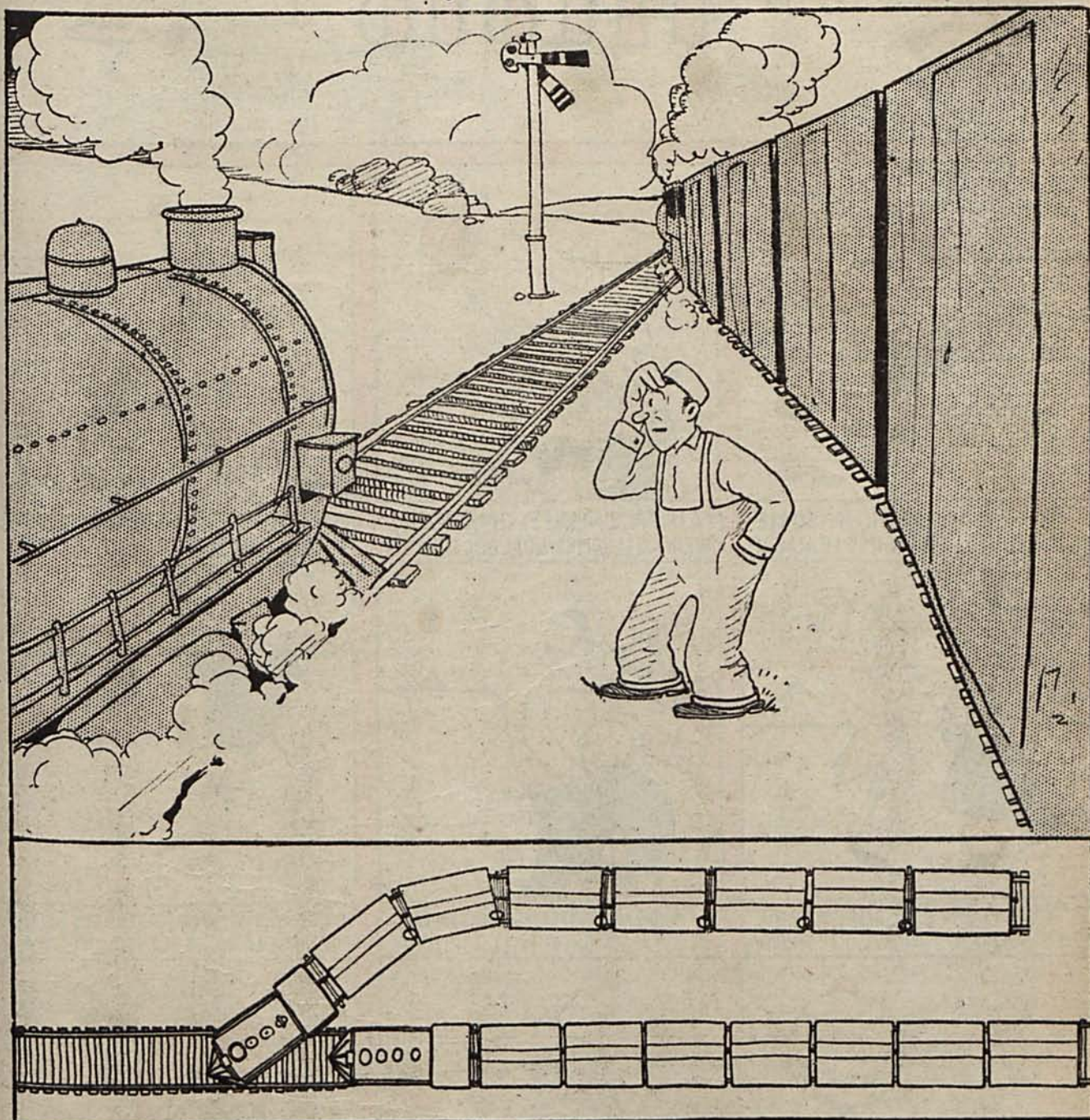


COLORÍN Y SU PANDILLA



CONCURSOS DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS

¡VIA LIBRE!



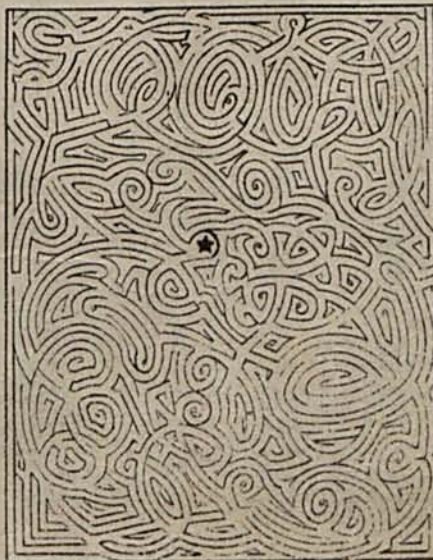
Pudiera ocurrir alguna vez, mis queridos Pinochistas, que el tren en que viajáseis tuviera que detener su marcha por no permitirle el paso otro tren que le interceptara el paso, y que el maquinista fuese tan torpe como el que veis en el dibujo, que no sabe resolver la situación. Por esto os ofrezco este pasatiempo ferroviario. Un tren expreso que lleva siete coches se ve detenido porque no le deja pasar la máquina de un mercancías que está en un apartadero, en el que no caben más que siete vagones (suponemos a vagones y a coches de igual longitud). Confío en que vosotros, que casi sois ingenieros de ferrocarriles, haréis las maniobras precisas para que el expreso siga su marcha y el mercancías quede en su apartadero.

ROMPECABEZAS

Aquitenéis los trozos de un fiero animal americano que ha sido despedazado por otro animal más fiero que él. Como vosotros sois compasivos, seguramente haréis que este animal vuelva a tener cada trozo en su sitio



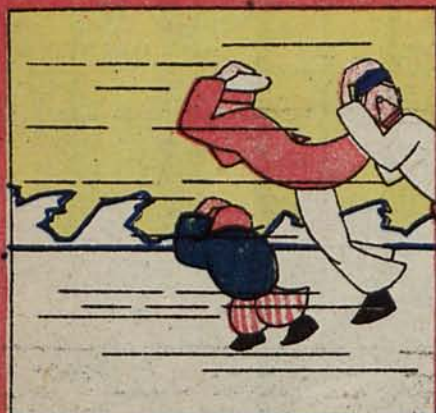
LABERINTO



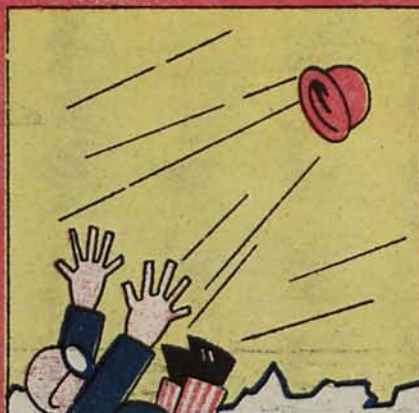
¿Verdad que para un Pinochista no hay dificultad alguna en salir desde el centro de este laberinto, donde está la estrella, hasta la única puerta?



TRISTÁN EL PILOTO



UNA MAÑANA, SIN PREVIO AVISO LLE-
GÓ UN VIOLENTÍSIMO HURACÁN



Y A FALTA DE ÁRBOLES Y CHIMENEAS LE
ARRANCÓ EL SOMBRERO AL DOCTOR PEÓN



EN MENOS DE UN SEGUNDO DESAPA-
RECIÓ EL SOMBRERITO EN EL ESPACIO



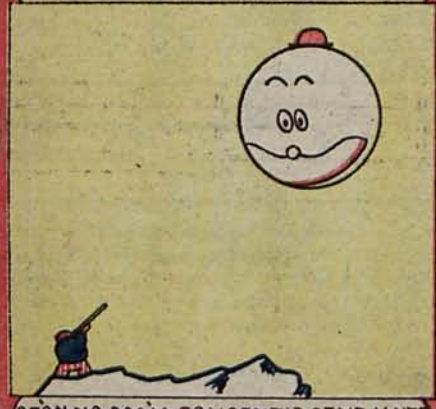
EL POBRE PEÓN SE PASABA DÍAS Y NO-
CHES LLORANDO TAN SENSIBLE PERDIDA



Y CUANDO HABÍAN PERDIDO LAS ESPERANZAS
VIERON AL SOMBRERO EN EL HORIZONTE



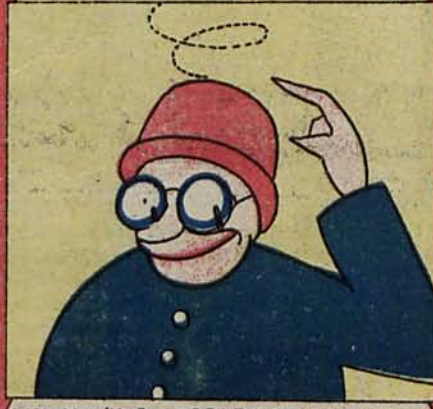
CORRIÓ PEÓN EN SU BUSCA, PERO FUÉ INÚTIL
PORQUE SE LO HABÍA PUESTO LA LUNA



PEÓN NO PODÍA CONSENTIR SEMEJANTE
BURLA Y SE ECHÓ EL FUSIL AL CARA



Y ¡PAF! DE UN CERTERO BALAZO LE
QUITÓ A LA LUNA EL SOMBRERITO



QUE SE VIÓ A ESCAPE EN BUSCA DE
LA CABEZA DE SU SEÑOR Y AMO



ADMIRADOS TRISTÁN Y ZUCÁN ERIGIE-
RON A PEÓN UN MONUMENTO.

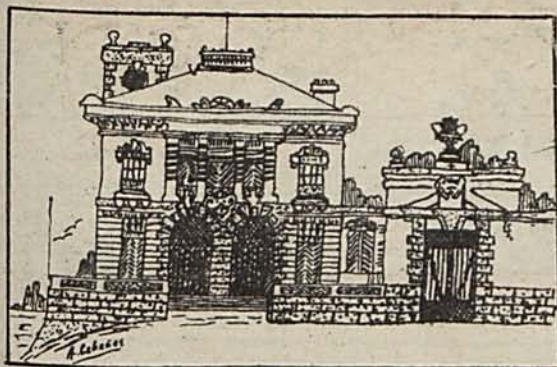


PERO DE PRONTO UN POQUITO DE HURACÁN
QUE QUEDABA DEJO A PEÓN SIN PEDESTAL



Y GRACIAS A UNA ESCALERA DE MANO PUDO
EL DOCTOR BAJAR DE AQUELLAS ALTURAS

COLABORACION PINOCHISTA



Un «chalet».
ALFONSO CABAÑAS.—Cuenca



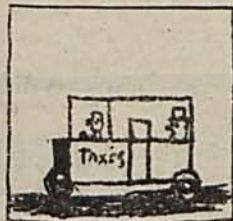
Tres tipos de Pinocho.
JORGE VÍCTOR RADAELLI.—Trece años. Buenos Aires.

CHISTES



—¿Qué cosa hay que comience en u y termine en z?
—Un par de zapatos.

ALFREDO GIMÉNEZ.
Nueve años. Vitoria.



—¿En qué se parece ese «auto» a una niña que va vestida de gitana?

—Pues en que lleva volante.
MARÍA CRUZ LABAISU.
Trece años. Madrid.



—¿De qué vive su amiga?
—De sus rentas.
—¿Y usted?
—Yo también.
—Pero si usted no posee nada.
—Por eso digo que yo también vivo de sus rentas.
MUÑOZ.—Catorce años.



—¿Cuál es la capital más cercana del Sol?
—Madrid, porque lo tiene en la puerta.

LORENZO MORALES.
Once años. Barcelona.



—Yo voy a ser abogado, como mi papá.
—Y yo militar, como el mío.
—Y yo moreno y alto, como el mío.

P. G. GUIJARRO.
Madrid.

Premio al valor.

El sabio químico don Pantaleón se encontró cierto día con Tomasito Valmes, muchacho tenido en su pueblo como el más listo y valiente.

—Ven conmigo —dijo el químico a Tomasín.

Este obedeció sin vacilar, y pusieron en marcha. Cuando llegaron a la montaña, don Pantaleón dijo a Tomasito:

—Vas a arrostrar grandes peligros; ¡preparate!

Este no se turbó lo más mínimo, y continuó siguiendo al sabio.

—Entra por ahí —dijo el químico a nuestro héroe, señalándole un oscuro pasadizo.

Tomasín penetró, sin un ápice de temor, seguido por el sabio, el cual, a poco de andar, desapareció.

Había allí esqueletos, bailando al son de un ruido infernal, calaveras humanas, manos cortadas y todo lo que puede asustar a chico que no fuera un Tomasito Valmes.

Nuestro héroe pasó todo esto sin temor alguno, y cuando llegó al fin del pasadizo, que era... el laboratorio del sabio, encontró a éste señalándole un arca repleta de monedas de oro, y le dijo:

—Eso es tuyo, en premio de tu valor; todo lo que has visto era pura ilusión de tus ojos.

Tomasito, cuando fué abuelito, refería esto a sus nietos, exhortándolos a ser buenos y valerosos.

JOAQUÍN PASOS A.
Once años. Managua. Nic. C. A.

La pobrecita del zapatero.

Este era un pobre zapatero que se murió y dejó una pobrecita niña que era calva, chata y con un ojo celeste y el otro negro. Un tío suyo muy malo la recogió y la puso en una barraca para llevarla de feria en feria. La gente se reía de ella; el hombre ganaba muchas perras; pero la pobrecita niña no hacía más que llorar. Y tanto, tanto lloraba, que siempre tenía delante un charquito hecho con sus lágrimas.

En uno de los pueblos que llegaron había un príncipe muy rico que tenía la misma desgracia que la niña, sino que en vez de tener un ojo celeste y otro negro, tenía uno verde y el otro colorado, y andaba buscando una mujer como él para casarse y tener su igual en el mundo y no verse solo.

Al ver a la niña se casó con ella y fueron muy felices, porque la gente, al ver sus bondades, se olvidaba de su fealdad y todo el mundo los quería.

En esto se ve que Dios la premió en su desgracia, porque si no hubiera ido de feria en feria no hubiera llegado al pueblo y no la hubiera conocido el príncipe.

EMILIA DÁVILA.
Once años. Sevilla.

Había una vez un matrimonio que tenía un hijo, y según había profetizado un hada, el niño sería devorado por un lagarto al cumplir los quince años. Creció, y al llegar a esa edad, él, que se había enterado cuál sería su suerte, les pidió permiso a sus padres, y una tarde cogió un caballo y se fué, por si encontraba por esos mundos remedio para su mal.

Habiendo andado mucho, un día se encontró una pobre vieja, a la que socorrió, y ella, agradecida, le dió tres palilleros, que al tocarle a un muelle salían tres hermosos perros que lo libraban de todo lo malo.

Al día siguiente, al salir el sol, al volver un recodo se le presentó el lagarto; pero él sacó los palilleros, y los tres perros devoraron al lagarto.

Viéndose libre de su enemigo pensó regresar a su pueblo; pero se había alejado demasiado, pues se hallaba en otro reino, y al intentar volver atrás le dieron el alto. Preguntó qué querían de él, y el rey, que era el que le había mandado parar, le habló así: «He visto lo que has hecho, y no habiendo encontrado hombre capaz de haber matado a ese lagarto, que era la ruina de mi reino, en pago de ello te ofrezco la mano de mi hija».

Nuestro héroe se casó con la linda heredera y vivieron todos muy felices.

RICARDO MORENO.
Siete años. Antequera.

CHISTES



—¿Qué hacemos para darle a mamá la mala noticia?

—Buscaremos a Antonio, el tartamudo, y que él se la diga.

AURELIANO VALENZUELA.
Ocho años. Buenos Aires.



—Presintiendo la fatal desgracia, no comía nada.

—¿Y de qué murió?

—De una indigestión.

SEBASTIÁN TRUJOLS.
Barcelona.



En el plantío:

—¿Qué plan has llevado en Madrid?

—El plan padre. ¿Y tú aquí?

—El plan-tío.

ROSARIO FERNÁNDEZ.
Doce años. Madrid.



—¿Cuál es el marido de la hija llena?

—Pues un tranvía cuando va lleno.

O. ITURRI.
Caracas.



—Esta noche damos el golpe en casa del marqués X. Nos llevaremos cuatro millones de pesetas.

—Por esa miserable cantidad no me ensucio las manos.

EDUARDO SANCHEZ.
Valencia.

IMPORTANTE

Por las razones ya explicadas, no admitimos ahora originales de Colaboración Pinochista, aunque vengan con cupón. Cuando el cupón vuelva a publicarse, admitiremos otra vez originales para esta sección.

HISTORIETAS



Este perrito sabueso es un perro muy travieso.

De señora coge un gorro y se lo pone en el morro.

Luego se tira a la mar y al punto empieza a nadar.

Después le ven dos bañistas cómo se pierde de vista.

Y al salvarlo, ven ahora que no es una señora.

LUIS SÁENZ.—León.



Pinocho y Pirula van a la calle a pasear.

Y se meten en un «bar» porque quieren refrescar.

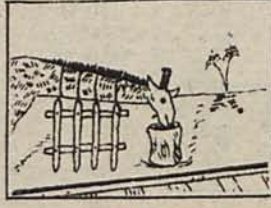
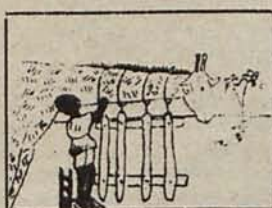
Max después de merendar no tienen con qué pagar.

Pero ven a Turulato que se está haciendo un «trato».

Y por Currinche le avisan con un poco de dinero para dar al camarero.

JULIO RIZO.—Valladolid.

Dibujo.



El morito Betún fué admitido en los ferrocarriles de la Argelia francesa como guardabarreras, y como el sol picaba bastante, discurrió una manera de poder echar la siesta.

Valiéndose de una jirafa, la ató al cuello unos troncos sujetos con alambres, de modo que cayeran verticalmente cruzados con otros dos troncos, y cuando oía el silbido de la locomotora, llenaba un tarro alto de cebada y la ponía en el borde del camino, colocando trabada a la jirafa en el otro. De este modo, al comer, la jirafa hacía oficio de valla de paso a nivel, y de este modo el negrito dormía tranquilamente.

ALFREDO DIEZ.—Alfaro

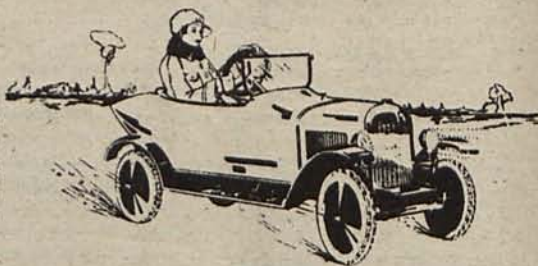
Un chulo y una chula
M. V.—Madrid.

SEGUNDO GRAN SORTEO DE REGALOS PARA LOS SUSCRITORES

PRIMER PREMIO

Un «auto» Citroen infantil como este.

Este preciosísimo auto es completamente igual que los grandes de la famosa marca, y está construido en la misma Casa Citroën, de París, que hace los coches grandes. Tiene tres velocidades y marcha atrás, frenos, faros eléctricos, parabrisas giratorio, bocina, aceitera, llave inglesa, bomba, goma y disolución para reparación de averías de sus NEUMATICOS DE VERDAD CONFORT MICHELIN, fabricados especialmente por MICHELIN para este auto. Además tiene la ventaja de no gastar gasolina ni aceite y de robustecer las pantorrillas del conductor.



SEGUNDO PREMIO



Una magnífica bicicleta de marca para niño o niña.

TERCER PREMIO



Un estupendo baúl que contiene una preciosa muñeca con su equipo, compuesto de vestidos, sombreros, ropa blanca, gorros, objetos de tocador, etc., etc.

CUARTO PREMIO



Un magnífico triciclo niquelado con ruedas de goma, cadena de transmisión, etc., etc.

QUINTO PREMIO

Un balón de fútbol.

SEXTO PREMIO

Una pluma estilográfica.

SÉTIMO PREMIO

Una caja de acuarela.

DEL OCTAVO AL CINCUENTA, UN LOTE DE LIBROS

CONDICIONES DEL SORTEO

Estos premios se sortearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción por un año, desde 1 de junio al 30 de setiembre de 1926.

El 1 de octubre de 1926 se hará el sorteo, y tan pronto como se pueda publicaremos los nombres de los suscritores que hayan resultado premiados.

Para retirar cada premio será necesario que cada suscriptor premiado diga cuál es el número de su recibo de suscripción, porque ese número es el correspondiente al premio.

Por tanto, ya sabéis que (lo mismo que en el Concurso anterior) en este Concurso no hay billetes, ni números, ni cupones.

Sólo con pagar una suscripción por un año, ya se entra en el sor-

teo, y aquéllos a quienes les toque premio verán sus nombres publicados en PINOCHO.

NOTA IMPORTANTE

Los Pinochistas cuyas suscripciones por año terminen después del 30 de setiembre de 1926, podrán, sin embargo, entrar en sorteo renovando su suscripción por otro año antes de que termine. La nueva suscripción se añadirá a la antigua, es decir, que la nueva no se empezará a contar hasta el número en que termine la antigua. Ejemplo: si la suscripción termina en noviembre de 1926 y el Pinochista la renueva en agosto de 1926, la suscripción antigua continuará sirviéndose hasta noviembre de 1926, y la nueva se servirá hasta noviembre de 1927.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?
 —Hoy quisiera saber, amigo buho, por qué pensamos.
 —No has podido elegir una pregunta más complicada. En realidad, has planteado un problema terrible, de muy difícil solución. Hom-
 bres y hombres, a través de siglos y siglos, vienen estudiando el
 origen del pensamiento, sin que hasta ahora hayan conseguido una
 respuesta, una explicación clara, satisfactoria y concluyente. ¡El pen-
 samiento! Nadie ha podido saber aún de donde procede. Es seguro,
 segurísimo, que en aquél interviene nuestro cerebro. Pero ello es
 decir muy poca cosa. Existe en el hombre algo que piensa, es decir,
 que discierne, compara, razona, mide, aclara y explica cuantas co-
 sas le rodean. En realidad, usamos del pensamiento como usamos
 de la electricidad, sin saber qué cosa sea uno y otra.
 —No me satisface mucho tu respuesta. Más bien me devuelves mi
 pregunta, sin contestarla.
 —No puedo hacer otra cosa. Nadie podría hacer otra cosa.
 —Bueno. Concedido. Y durante el sueño, ¿qué se hace del pen-
 samiento?
 —Alguien ha considerado al cerebro, muy acertadamente, como
 el instrumento de nuestro pensamiento. Si es así, es naturalísimo
 que durante el sueño, cuando nuestro cerebro duerma, desaparezca
 asimismo nuestro pensamiento. Claro está que el cerebro no duer-
 me absolutamente, queda, por decirlo así, semidormido; de aquí que
 durante el sueño —sobre todo en los sueños— nuestro pensamiento
 actúe con más o menos acierto y claridad.
 —¿Qué es lo necesario para que pensemos sobre una cosa?
 —Que nos interese. El interés es, sin disputa, lo esencial para
 que pensemos sobre algo. Se dice, acaso con razón, que muchas
 personas mueren sin haber pensado en nada. Por regla general, el
 hombre, ocupado con sus labores diarias, vive rutinariamente, eje-
 cutando actos en los cuales no interviene para nada el esfuerzo men-
 tal. Pero basta que un asunto, un objeto, un hecho, suscite nuestro
 interés, para que pensemos en ese asunto, en ese objeto o en ese
 hecho, inmediatamente. Cuanto el niño aprende, lo aprende, desde
 luego, por un esfuerzo de pensamiento. Por ello, en la escuela y en
 la casa, lo que deben procurar los padres y el maestro de un niño,
 es despertar en éste el interés, el interés por los libros, por las per-
 sonas, por las cosas. Los sabios, los hombres de estudio, llevan una
 vida de trabajo, de trabajo intelectual —es decir, de pensamiento—
 merced al interés constante que en aquéllos hombres despiertan las
 distintas ciencias a que se dedican. Y es cosa curiosa: A medida que
 más pensamos sobre algo más grande se hace nuestro interés. Imagi-
 náte un hombre que se dedique al estudio de la astronomía. Cuan-
 to más profundice en sus trabajos o investigaciones, más grande será
 su curiosidad, su interés por descifrar el misterio del cielo. Y quien
 dice la astronomía, dice otras ciencias. Un niño como tú, curioso
 por todo, deseoso de saberlo todo, con interés por conocer quantas
 cosas le rodean, es un niño capacitado para saber muchas cosas, tan-
 tas como preguntas haga al cabo del día. No, sobre una cosa que no
 nos interese, y que, por consiguiente, no despierta nuestra curiosi-
 dad, no podemos pensar. Primero, el interés; después, el pensamien-
 to. Y las personas que carezcan de aquél, se verán privadas de éste.
 —Muy bien dicho. Has estado sublime.
 —Gracias, gracias, indulgente Chonón.
 —Pero, dime una cosa: ¿Es cierto que los animales tienen inteli-
 gencia?
 —Quieres preguntarme si piensan los animales.
 —Justamente.
 —Yo diría que no. Pensar no es sentir. Pensar es relacionar
 unas cosas con otras. Ello, sólo el hombre puede hacerlo.

—Y tú.
 —Yo soy una excepción entre los animales.
 —Y en las aves.
 —Y en mi propia familia. Yo soy un buho excepcional.
 —¡Qué modesto!
 —Me importa no ser confundido.
 —Bueno, no seas presuntuoso. ¿Por qué no tienen inteligencia los
 animales.
 —Vaya una pregunta. ¿Por qué no tienen pluma las liebres? Los
 animales no piensan por la misma razón que las liebres no tienen
 plumas. Por que Dios lo ha querido así.
 —Pero hay ciertos animales, el perro, por ejemplo, que bien de-
 muestra una inteligencia excepcional.
 —Comparando un perro con un cerdo, pongo por caso; aquél
 resulta de una inteligencia privilegiada. Pero compara el perro, para
 salir de tu error, con un niño de cinco años. ¿Qué sale de esta com-
 paración?
 —Que el perro no tiene talento.
 —Ahora bien; no hay que llevar las cosas muy lejos, ni sacarlas
 de quicio. El perro y otros animales tienen, sin duda, algo más que
 el instinto. Tienen una inteligencia especial, pequeña, si se compa-
 ra con la del hombre, una inteligencia que podemos llamar rudi-
 mentaria.
 —Y si tienen una inteligencia rudimentaria, como dices, ¿cómo
 no hablan los animales?
 —Precisamente porque su inteligencia es rudimentaria. Claro que
 hay que saber, primeramente, a qué llamamos lenguaje. Los anima-
 les lanzan unos sonidos especiales, mediante los cuales se comuni-
 can sus deseos. Sabemos que los elefantes, por ejemplo, emiten unos
 pitidos expresivos, que tienen todos los caracteres de un lenguaje.
 Sabemos de las aves, de muchos animales que consiguen entenderse
 merced a ciertos sonidos inarticulados. ¿Pero es ello un lenguaje,
 propiamente hablando? De ninguna manera. Aun los loros, que
 para la generalidad hablan, no hablan. En realidad, repiten sin sen-
 tido, sin conocimiento de lo que dicen, como un loro, las palabras
 que le hemos enseñado. Esta es la verdad.
 —¿Entonces necesitamos hablar para pensar?
 —No, querido Chonón.
 —¿La palabra no ayuda al pensamiento?
 —A veces...
 —Explícate, querido buho.
 —Te diré. Hay pensamientos, muchos, muchísimos, precisamente
 los más sencillos, que pueden concebirse sin palabras. Pero es segu-
 ro que los pensamientos más complicados, aquellos que necesitan,
 por nuestra parte, un esfuerzo mental considerable, han de verse
 auxiliados por la palabra, que es, a la postre, quien clarifica al pen-
 samiento.
 —¿Quieres crear una cosa, amigo buho?
 —¿Qué?
 —Que ya estoy un poquito cansado, con la cabeza pesada, ver-
 daderamente rendido.
 —Es de pensar.
 —Acaso sea de eso.
 —No hay nada que agote tanto, querido Chonón, como el esfuer-
 zo mental. Llevamos mucho tiempo de charla, de charla sustantiva
 o sustanciosa, y es natural que estés cansado.
 —¿Lo dejamos, entonces?
 —Lo dejamos.
 —Hasta otro día, buho.
 —Adiós, Chonón.

CORRESPONDENCIA

Maria Teresa González.—¿Cómo es posible, mi querida María Teresa, que
 me pidas números para el segundo sorteo de regalos de mis suscritores? ¿Tan
 distraída estás que no te has fijado en las condiciones del sorteo a pesar de
 venir repitiéndolas con una insistencia que yo temía que os pareciera pesada?
 Lee las condiciones. En este número las encontrarás y podrás ver que para
 entrar en sorteo no se necesita recibir números, sino sencillamente pagar una
 suscripción por año antes del 30 de este mes de setiembre. Los regalos se sor-
 tearán entre los Pinochistas que hayan pagado una suscripción anual después
 del 1 de junio y antes del 30 de setiembre de 1926; y el número de cada uno
 será el de su recibo de suscripción. Como tú estás suscrita hasta el 20 de mayo
 de 1927, si has renovado tu suscripción anual antes del 30 de setiembre actual,
 entrarás en el sorteo de regalos y quedarás suscrita hasta el 20 de mayo
 de 1928. Cuenta siempre con mi mejor cariño.
Juan Hidalgo.—Tu carta me alienta considerablemente, querido Juan. Veo
 por ella que mi revista, despertando oleadas de simpatía, obtiene en todas
 partes el éxito que le pertenece. Con tu carta recibí tus problemas, los cua-
 les, aunque no los he mirado detenidamente —aun no es el día del fallo—, me
 parece que están bastante perfectos. El tribunal, a su hora, decidirá. En este
 asunto no puedo profetizar nada, absolutamente nada.
 Ya sabes dónde estoy. Siempre tu amigo, tu mejor amigo. Por lo menos, el
 mejor amigo de madera. ¡Adiós, Juanito!
Gregorio Medrano Dices.—No comprendo tu carta, mi estimado, admira-
 do y venerado Gregorio. No comprendo tu carta. De ti y de tu hermana Eli-
 sa, en el núm. 82, he publicado unos dibujos. Tu carta me llega, por consi-
 guiente, a destiempo, sin justificación, sin motivo. ¡Oh, la memoria y la im-
 paciencia de mis más inteligentes Pinochistas! A estas alturas te supongo
 contento, satisfecho de mí —¡y de tí!— y dispuesto a darme un abrazo, verda-
 deramente apretado, el día que tengamos la satisfacción de encontrarnos.
 Besos a Elisa, de Anita y Pirula. Y tres mil abrazos míos, formidables, para
 vosotros dos.
Conchita y Luis Alonso Moreno.—¿Cuánto lo siento! Estos dibujos, estos
 cuentos, estas páginas deliciosas, insuperables, no verán nunca la luz —a mi
 pesar— en mi revista. ¡Admirable Conchita! ¡Inteligente Luis! Vosotros, dos

Pinochistas excepcionales, comprenderéis mis razones. Leed con atención
 mis números anteriores, leedlos. Veréis en ellos que no admito colaboración
 por ahora, hasta salir de los millares y millares de cuentos, chistes, historietas
 y dibujos que tengo acumulados en mis arcas.
Manuel Sanz, Gabriel Fernández y Vicente Noguera.—Leed la carta an-
 terior, mis queridos amigos.
Jaime González.—Con tu carta me llegan unas soluciones antiquísimas. Ya
 se falló ese concurso hace muchos meses. Procura estar al día en este particu-
 lar asunto de los pasatiempos, pues es lástima que un Pinochista como tú,
 tan inteligente, se vea fuera de concurso por mandar pasatiempos anticuados.
 Abrazos de Anita, Potipán, Pirula, Tin, Ton, Don Turulato, Currinche,
 Morrongul...
Alvaro García.—Como eres suscriptor, cuando se reanude el cupón de cola-
 boración podrás remitirme cuantos trabajos quieras. Este de hoy, con ser tan
 perfecto, no puedo publicarlo por las razones que esbozo, más arriba, a Con-
 chita y Luis Alonso Moreno.
Alberto Gamboa Alvarez.—Lee a tu antecesor Alvaro García; después, a
 Manuel Sanz y Gabriel Fernández; por último —o lo primero, si quieres—, a
 Conchita y Luis Alonso Moreno.
Enrique Prieto. Me alegro mucho tu satisfacción por los dibujos que tuve
 el gusto de publicarte en mi revista. ¿Cómo no iba a publicarlos, querido En-
 rique, si eran estupendos! Siendo igual que tus anteriores, en calidad, el tra-
 bajo que hoy me envías, no podrá salir. ¿Motivos? Lee esta página de corres-
 pondencia, de arriba a abajo.

De todos mis triunfos sobre el malvado CHAPETE, ninguno me
 gustó más que el que se cuenta en el tomo 37 de mis aventuras:
PINOCHO SE HACE PELICANO. Leedlo y lo comprenderéis,
 además de divertiros más que nunca.

PINOCHO

PINOCHISTAS PREMIADOS EN EL SORTEO MENSUAL DE REGALOS A LOS SUSCRITORES

| Premios. | Julio. | Agosto. | Septiembre. |
|------------------------------|------------------------------------|---------------------------------------|-----------------------------------|
| Primero. 25 ptas. en dinero. | D. J. Luis Pacheco.—Briviesca. | D. Luis de la Vega Hazas.—Santander. | D. Leopoldo Sañudo.—Torrelavega. |
| Segundo. 15 ptas. en libros. | > Francisco Ibáñez y Pico.—Madrid. | > Jesús Villarreal.—Durango (Méjico). | > Rubén M. Bustelo.—Buenos Aires. |
| Tercero. 10 ptas. en libros. | Srta. Pilar Aleu.—Madrid. | > José A. Basagoiti Noriega.—Madrid. | > Ricardo Font.—Barcelona. |
| Cuarto. 5 ptas. en libros... | D. Gerardo Larrea.—Llodio. | > Juan Miguel Albisu.—Irún. | > Felipe Mazarrasa.—Santander. |
| Quinto. 3 ptas. en libros... | > José Igualada.—Málaga. | > Joaquín Méndez.—Iriga (Filipinas). | > Alfonso Dalmau.—Madrid. |

PINOCHISTAS PREMIADOS EN VARIOS SORTEOS



Encarnación Peregrín.
Premio 10 del primer gran sorteo de regalos para los suscritores.
Un lote de libros.



Carlos Pittaluga y González del Campillo.
Segundo premio del Concurso de Problemas y Pasatiempos del mes de abril.
20 pesetas en libros.



José Luis Pacheco.
Briviesca.—Primer premio del sorteo mensual de regalos a los suscritores.
25 pesetas en dinero.

LEED LAS GRANDES VENTAJAS Y REGALOS RESERVADOS A LOS SUSCRITORES

Son de dos clases: **regalos generales** y **regalos especiales**.

REGALOS GENERALES

- 1.º Participación en el sorteo que se celebra todos los meses para repartir, **sólo entre los suscritores**, 58 pesetas en dinero y libros. (Las condiciones del sorteo se publican todos los meses).
- 2.º Participación en los grandes sorteos de regalos extraordinarios que vienen celebrándose y que desde ahora sólo serán para los suscritores. (Las condiciones de estos sorteos se anuncian en cada uno de ellos).
- 3.º Derecho a que se publique su retrato en PINOCHO. Para esto basta enviar la fotografía (que debe ser grande y clara), indicando al mismo tiempo el número del último recibo de suscripción. La suscripción puede ser por un año, por un semestre o por un trimestre. Los retratos se publicarán por el orden en que se reciban y según el espacio que tengamos disponible.
- 4.º Derecho a tomar parte en los concursos de **Problemas y Pasatiempos**. Desde ahora sólo podrán tomar parte en estos concursos los suscritores por año, por semestre o por trimestre.
- 5.º Derecho a tomar parte en la **Colaboración Pinochista**. Desde ahora sólo los suscritores podrán enviar chistes, dibujos, cuentos, etc., para que se publiquen en PINOCHO.

Los **Regalos generales** no es necesario solicitarlos al hacer la suscripción. En todo momento corresponden a los suscritores sólo por el hecho de serlo.

REGALOS ESPECIALES

Además de los **regalos generales**, arriba indicados, y que son comunes a todos los suscritores, hay **regalos especiales** para los suscritores por un año; otros, para

los suscritores por un semestre; otros, para los suscritores por un trimestre. Estos **regalos especiales** sólo los obtendrán los Pinochistas que los soliciten en el momento de hacer su suscripción. Los que no los pidan perderán todo derecho, así como los que digan que los pedirán más adelante. Por tanto, quien no obtenga sus **regalos especiales** con su recibo de suscripción, no podrá reclamarlos más adelante.

Los **regalos especiales** son los siguientes:

Si la suscripción es por un trimestre

- 1.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.
- 2.º Rebaja de precios en las tapas para encuadernar PINOCHO. (Precio para los lectores: cada tapa, 5 pesetas. Las dos de 1925, 10 pesetas. Precio para los suscritores: cada tapa, 3 pesetas. Las dos de 1925, 6 pesetas.)

Si la suscripción es por un semestre

Los mismos regalos que para un trimestre, y además un tomo gratis de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.

Si la suscripción es por un año

Los mismos regalos que para un semestre, y además dos tomos gratis de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE. Un lote de cincuenta números para el sorteo de cinco mil pesetas. Un cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.

YA HAY EJEMPLARES

de los tomos siguientes de la imponderable **Serie Pinocho contra Chapete** (el mayor éxito editorial conocido), que estaban agotados:

- Pinocho en la isla desierta.**
- Pinocho, detective.**
- El falso Pinocho.**
- El triunfo de Pinocho.**
- Chapete, invisible.**
- Pinocho hace justicia.**

CADA TOMO 1,50 PESETAS

En todas las librerías y en **Editorial «Saturnino Calleja», S. A.—Apartado 447-Madrid**, que los remite a toda España y América con solo pedirlos con su importe. Añádase al mismo 75 céntimos para gastos de envío certificado.

SE HAN PUESTO A LA VENTA

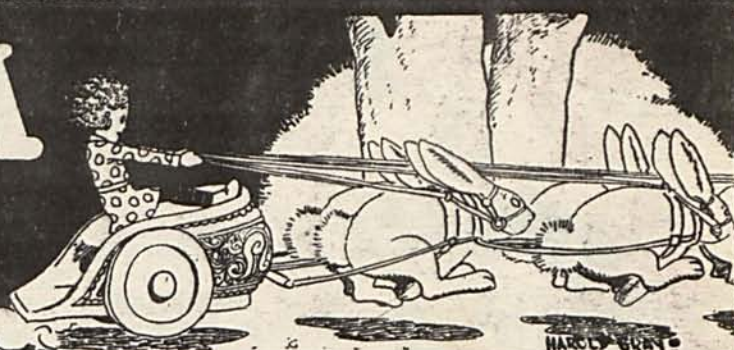
los siguientes tomos de la famosísima **Serie Pinocho contra Chapete**.

(El mayor éxito editorial conocido.)

- Núm. 31.—*Chapete en guerra con el país de la fantasía.*
- 32.—*Pinocho se convierte en bruja.*
- 33.—*Pinocho caza un león.*
- 34.—*Viaje de Pinocho al centro de la Tierra.*
- 35.—*Pinocho y los tres pelos del mago Filomén.*
- 36.—*Chapete en la isla de los animales.*
- 37.—*Pinocho se hace pelicano.*

ANITA

BUEN-CORAZON



SI, PELUCHO, ESTE TONIN ES EL MAYOR ELEFANTE DEL MUNDO. CADA VEZ QUE ESTORMUDA PRODUCE UN HURACAN.



LO TIENEN ATADO CON Cadenas PORQUE DICE EL AMO QUE ES TERRIBLEMENTE FEROCIZ Y QUE UNA VEZ LANZO POR LOS AIRES A UN DOMADOR Y TODAVIA NO HA CAIDO A TIERRA.



PERO YO CREO QUE ES DEBIDO A QUE LO MALTRATAN, PORQUE SI A LOS ANIMALES SE LES TRATA BIEN ELLOS TE QUIEREN PERO SI NO, TARDE O TEMPRANO SE VENGAN.



VERAS, PELUCHO, COMO A MI. QUE LO TRATO MUY BIEN NO ME HACE NADA..... Y ESO QUE VOY CON MI POQUITO DE PANICO.

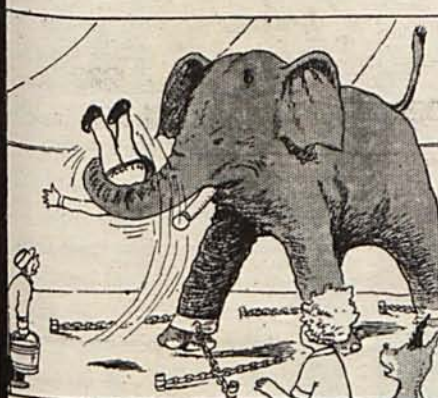


¡YO NO TENGO MIEDO A NADA!

ESE HOMBRE ES EL HERCULES DEL CIRCO. TIENE UNA FUERZA ATROZ Y CUANDO SE PONE A LUCHAR ES UNA FIERA



AUN NO HA NACIDO EL ANIMAL QUE A MI ME ASUSTE, PORQUE DE UN REVES LE QUITO LAS MARIQUES



¡ATIZA! ¡LE ESTÁ BIEN EMPLEADO POR FANFARRON!

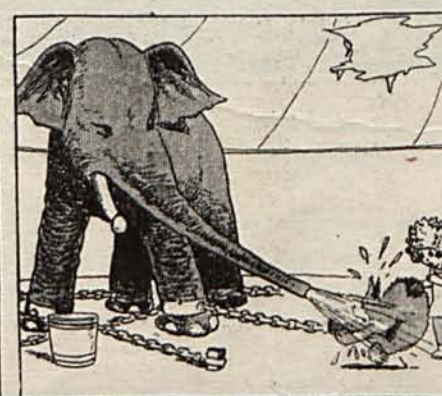


¿NO TE GUSTARIA TENER ESA FUERZA TAN MARAVILLOSA?



¡TÙ, PELUCHO! ¡NO LE GRUÑAS QUE VAS A SALIR MAL! ¡MIRA QUE SI TE PISA TE HACE UNA OBLEA!

GR-RR



¿VES, PELUCHO? ¡YA TE DIJE QUE NO GRUÑERAS.... Y MENOS MAL QUE NO TE HA ENVIADO DE UN TROMPAZO A ROER HUESOS A LA LUNA!



SECCIÓN PIRULA

CHARLAS DE PIRULA

Pototo va al «cine».—¡Tiene gracia! A Pototo, el hermano de Maruja

le han puesto por apodo sus amigos Diógenes el cinico.

Como todos sabéis, sin duda, el verdadero Diógenes era un señor filósofo de la antigüedad que se pasaba la vida metido en una cuba. Su filosofía consistía, entre otras cosas, en despreciar a la gente y en dar contestaciones siempre raras y a veces graciosas; por ejemplo, al emperador, que le preguntó un día si deseaba algo, Diógenes contestó desde su cuba: «Deseo que te apartes, porque me quitas el sol». Además, vivía muy sobria y sencillamente —claro que su alojamiento no se prestaba a muchos lujos—, hasta el punto de que su vajilla se reducía a una escudilla de madera, en la cual bebía el agua de los arroyos y de las fuentes. Un día vió a un niño que cogía el agua en el hueco de la mano y al punto rompió él su escudilla, que se le antojó superflua.

Pero a todo esto, ¿qué tendrá que ver Pototo con el tal filósofo griego? ¿Acaso vive Pototo en una cuba ni le contesta impertinencias a ningún emperador? No; le llaman «el cinico» porque a Pototo... le gusta mucho el «cine».

No es que le guste como a todos nosotros reír con las payasadas de Charlot, conmovirse con las desdichas de la monísima Mary Pickford, entusiasmarse con las heroicidades del simpático «Doug», admirar los gestos magníficos de Pola Negri o interesarse por las curiosidades artísticas después de ver desarrollarse ante nuestros ojos las peripecias de una expedición polar.

No; la pasión de Pototo por el «cine» yo os aseguro que es única, excepcional... afortunadamente, porque si fuera cosa corriente, acabábamos todos locos de atar.

Pototo va al «cine» una vez a la semana, los jueves por la tarde, con Maruja y con Miss; pero de noche sueña con lo que ha visto o con lo que verá, y de día se esfuerza en reproducir en la realidad lo que ha presenciado en la pantalla.

Así, hace poco, se le ocurrió hacer de bandido norteamericano. Para ello se tapó la boca con un pañuelo, se caló hasta las narices un viejo sombrero flexible de su padre y, revól-

ver en mano, se apostó detrás de una cortina del pasillo, resuelto a desvalijar al primero que pasase por «aquellos lugares apartados».

El primero que pasó fué, ¡ay!, la pequeña Pilarín; «Dolly», como la llama Miss, la benjamina de la familia.

Al oír pasos el terrible enmascarado surge de su escondite, dispara su revólver, cargado... con un fulminante, y ruje: «¡Manos arriba!»

Pero la broma ha tenido pésimas consecuencias y muy poca gracia. De resultas del susto la pobre Pilarín ha estado muy malita, y ella, tan lista y tan mona, ahora dice que tiene miedo a pasar por el pasillo cuando está oscuro: ni más ni menos que los niños miedosos y tontos.

Y Pototo, que adora a su hermanita, arrepentido, se ha dado cuenta de cuán peligroso y estúpido es «dar sustos», y ha jurado que en la vida volverá a hacer de bandido norteamericano ni de ningún otro país.

Al contrario, en adelante solamente imitará las hazañas de los buenos; se dedicará a salvar señoritas rapta-
das o niños expuesto a pe-
recer en un incendio. Para
ello es indispensable saber
arrojarse desde cualquier al-
tura y quedar colgado en el
aire, asido de cualquier cosa.
Y Pototo empieza su apren-
dizaje. Después de retirar la
mesa del comedor se sube
al trinchero, que será un
«auto» andando a toda velo-
cidad, y desde el cual se
lanzará al espacio para que-
dar colgado de un poste de
telégrafos, que no es sino la
lámpara central del comedor.
... ¡A las tres! ¡Paf!

¡Pobre Pototo! En el suelo
ha caído sentado de... tras-
puntin. ¡Menudo trastazo! Y,
sin embargo, casi más ha va-
lido así, porque si llega a
alcanzar la lámpara y a col-
garse de ella, y la arranca
del techo, y se cae entre
cristales y bombillas rotas,
y... Bueno, no quiero pen-
sarlo. De horror se me pone
de punta el pelo que tengo
pintado sobre la cabeza.

Ahora parece que ha menguado algo la afición de este pe-
queño «Diógenes» por el «cine». Ahora le gusta el teatro, las
zarzuelas, y se pasa el día cantando «Bejarana no me llores»
o «Yo no quiero querer a un chispero».

La última vez que vi a Pototo me pareció notar en él una
afición naciente por el circo. Se lo he dicho a sus padres y se
han echado a temblar, porque como le dé por imitar a los ma-
labaristas..., ¡adiós vajilla!

